

Por las páginas de **BOHEMIA** desfilaron diversos estilos y géneros periodísticos que marcaron época en la prensa cubana. Textos más informativos, amenos; otros investigativos, analíticos, todos aportaron a la riqueza estética y espiritual de esta revista. Sin embargo, ha sido el reportaje el género con el que mejor ha expresado sus vivencias y asombros, así como sus experimentaciones formales. Plumas como la del periodista Luis Sexto captaron el interés del público por sus trabajos elaborados desde la exposición literaria. Sexto, Premio Nacional de Periodismo José Martí 2009 por la obra de la vida, tributó valiosas piezas que a la luz de los años saboreamos con el gusto exquisito de la primera vez.

VICTORIA DENIS GIRALDO

EL OCULTO ESPLENDOR DE CAYO JUTÍAS

La única torrera de Cuba supo afrontar la soledad y la desilusión para brillar tanto como la luz de su faro

Por **LUIS SEXTO** / Fotos: **ARAMÍS FERRERA**



NAVEGÁBAMOS con caras de asiáticos postizos porque el sol y el agua, que le servía de espejo, nos achicaban los ojos en una especie de oblicuo acatamiento del rebrillar del mediodía. El viaje por suerte era corto, y a los 25 minutos la tierra se acercó al silbato. Y el patrón haló dos veces el cordel para avisar.

El barco fondeó entre dos cayos. Un kilómetro a estribor hacia el norte se plantaba Cayo Mégano, diminuto como un estuche, con sus arenas de cal y sus pinares.

Desde la banda contraria divisábamos al otro, que distante unos 500 metros mostraba sobre la línea de la costa el cono esquelético y metálico



Texto publicado en la edición
25 del 22 de junio de 1990.



de un faro pintado de rojo y blanco. Unos pasos más atrás se cobijaban bajo la ramazón de los cocoteros dos casas de mampostería y placa, similares a los *chalets* de ciertos barrios en las afueras de una ciudad.

Era Cayo Jutías.

En este íbamos a desembarcar cuando el bote, que sacaba arena del fondo, tocara las costaneras del remolcador que nos habían facilitado en Santa Lucía y los trasladara hacia la orilla. La ansiedad apresuraba los deseos de mojarme los zapatos en el playazo. Tenía hambre, pero ese escozor azulado por el aire salitroso no era la causa de mi excitación. Pensábamos almorzar, aunque no jutías. El nombre del cayo es solo una remembranza, una tradición nominal en las cartas marinas. Cualquiera, desconociéndolo, pensaría que en él radica el paraíso, la patria mayor de una de las especies autóctonas de Cuba. Ya no existen allí. Las convirtieron en huesitos lastimosos saco a saco, durante infinidad de festines donde, sin cobrar, proveía la naturaleza.

Entre jadeo y jadeo mientras remaba, Camilo iba contando que hacía poco 12 jutías se interaron en la antigua heredad de sus antepasados,

bajo las piedras y el mangle, para fomentar una colonia, los hombres que las trajeron encomendaron a la madre de Camilo la tarea de protegerlas de la depredación.

-Otro trabajo sobre la vieja- acotó el joven en una queja resignada.

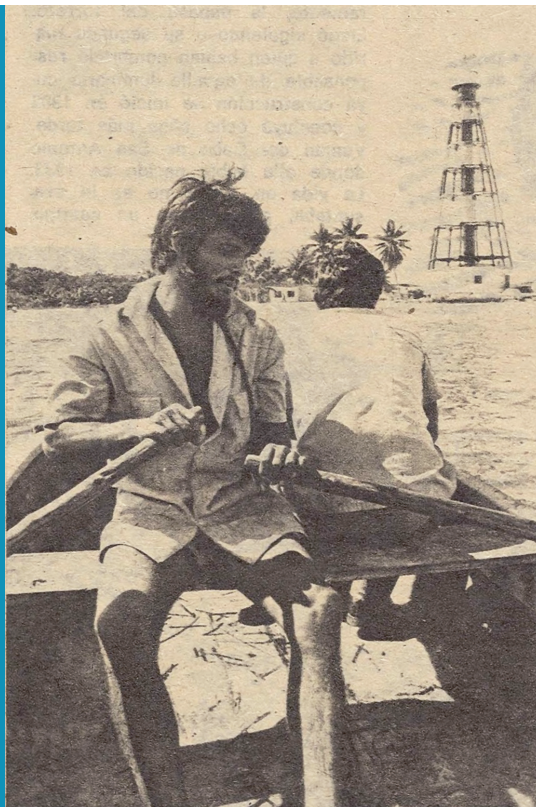
Esa mujer era la causa de mi inquietud. En el trayecto desde el puerto de Santa Lucía -cuya planta de sulfometales humeaba en la distancia envuelta en un cristal neblinoso- yo me dirigía las preguntas naturales en un reportero que anda hacia un personaje insólito. Ella, Victoria Denis Giraldo, es la única mujer torrera de Cuba, y dicen que también de América Latina. Más de 10 años antes se fijó allí como jefa de la luz en aquel tramo principal del tráfico marítimo hacia el sur del continente. Los lamparazos de Cayo Jutías trazan las líneas en los mapas de navegación de docenas de naves que, luego de pasar el faro de Gobernadora, buscan el de Jutías, y después el del Cabo de San Antonio frente al estrecho de Yucatán.

En qué habrán convertido la soledad, el silencio, la tensión de sus responsabilidades. ¿Cómo será: tímida, delicada; acaso recia, amarga? Me

preguntaba, y me respondía imaginando figuras arbitrarias, innombrables. Más tarde sabría que una persona nunca encaja en una única visión, sino compone cuadros donde pueden convivir, alternándose, la timidez y la delicadeza, la fortaleza y la acidez. La conducta, los hechos, por encima de esas circunstancias emocionales, definen la personalidad.

En el minuto de nuestro encuentro Victoria era amarga, descortés. El día anterior la electricidad solo le alcanzó para abastecer el faro, y todavía ahora, al mediodía, no habían venido a componer el cargador de los acumuladores. Creyó, al oír los pitazos de nuestro barco, que llegaban los electricistas. Cuando supo la profesión de los recién llegados, la decepción le provocó un doble ataque de acritud. La desesperaba la certeza de que pasaría otra noche sin los colores de su televisor, consolándose del despojo con el columpio sonoro del mar y el zumbido de algún mosquito colado por los desgarrones de las mallas de puertas y ventanas.

Hasta el almuerzo se sintió amenazado. La entrevista la rechazó con una firmeza que parecía



**Mientras remaba hacia la orilla,
Camilo nos hablaba de su madre.**



No conozco el miedo.

inapelable en los labios oprimidos por el peso del enojo. Quince minutos después ya hablábamos en la cocina mientras Victoria cortaba en ruedas varios aguajíes. No demoré en elogiar la casa donde no influía el sitio tan agreste. Victoria la mantenía como si a cada momento fuera a tocar en la puerta un visitante desconocido o una vecina confianzuda y chismosa. Se notaba el gusto de la mujer cubana que, sin lujos, sabe adecuar con decoro su habitación; uno lo percibía en los cojines de las butacas, el forro que protegía del polvo al televisor, el mantel de la mesa...

Su sonrisa, y con ella la hospitalidad, fue el gesto de gratitud hacia mis encomios. Y al encender las hornillas de gas para hervir boniatos y freír las ruedas generosamente anchas, empezó a enumerar su historia. El olor del pescado, convertido en emisario, anunciaba afuera mi triunfo.

Volver al punto de partida

Victoria no comenzó en Cayo como Señora del faro. Fue, primeramente, la esposa del torrero. Llegó siguiendo a su segundo marido a quien habían nombrado responsable de aquella luminaria cuya construcción se inició en 1902 y concluyó ocho años más tarde. Venían del Cabo de San Antonio donde ella había nacido en 1933. La vida en Jutías no se le presentaba, pues, como un castigo.



Va a sembrar en su patio
las viandas que le diversifiquen
su dieta a base de pescado.



La soledad y el aislamiento la acompañaban siempre. A los 13 años pareció que podía desprenderse de las circunstancias en que se mezclaban el mar desierto y la tierra arisca. Viajó a La Habana, y se estableció en la capital. En 1951 se casó por primera vez, pero el hombre empezó a beber ron, aguardiente, y llegaba a la casa trastabillante y colérico, y rompía cuanto integraba el ajuar de la humilde obrera.

Si el problema es romper –le dijo Victoria–, yo rompo esta pareja tan dispareja. Ya no soportaba una ofensa más. Él no se resignó. La rondaba, la agobiaba. La mujer decidió irse con sus tres hijos a un lugar intrincado, olvidado de la memoria de la gente. Y regresó al Cabo de San Antonio.

–Allí vivía papá; solo.

La ida del torrero

Un día el radioteléfono trajo la aceptación: usted, Victoria ha sido nombrada torrera.

Habían pasado nueve años en el cayote amontonando en los pies los 173 escalones del caracol del faro; colmando los ojos con el mismo azul, ahora rizado, luego embravecido; arrinconando el silencio con las mismas palabras. Una mañana, el marido navegó definitivamente hacia Santa Lucía; iba tras otra mujer, o quizás también escapaba de la uniformidad del paisaje, la igualdad del tiempo.

Victoria se quedó. Para que no fuera a pensar el hombre que con su fuga, ella se destruía. La presionaba, además, el recuerdo de su hermano Ángel, torrero de la bahía de Cádiz, asesinado

en 1969 por unos desertores. La alegría le venía ahora de sábado en sábado cuando regresaban los muchachos de la escuela. Más tarde, siendo Camilo mayor lo designaron para ser el segundo de la madre; él es el único de sus hijos que reside en el cayote.

–Una vida dura, ¿no? –dije con cierto énfasis compasivo.

–Para mí no ha sido dura, ni lo es. Dura fue antes, en el anterior régimen. Gracias a este, a la Revolución, soy lo que soy.

Y Victoria es vanguardia de la FAR por cuatro veces, y dos veces el mando la ha condecorado con la medalla de Servicios Distinguidos, y el gobierno de Pinar del Río con el Escudo Pinareño, y los sindicatos soviéticos con su medalla.

Y es, por encima de cualquier premio, una mujer consciente de su independencia, de su fuerza.

–Me he demostrado que la mujer hace lo que se propone.

Viandas en la arena

Almorzábamos y el aguají nos obligaba a prescindir del arroz y el boniato. Una rueda; otra rueda. Y recordé que en casa de Lolo, en Tunas de Zaza, Aramis había comentado que la liseta es el cerdo del mar. ¿No le ganará el aguají?, –le pregunté ahora al fotógrafo, que me llevaba, según un sigiloso conteo, una rueda de ventaja. Nunca, me respondió. Como la liseta ninguno. No lo parece, acoté; comes con tanto gusto el aguají...



El parte diario al mando.

El pescado es el plato familiar del cayo. A ratos Victoria toma el bote, y sumerge los anzuelos que, con la misma rapidez con que nosotros comíamos, ensartan rabirrubias o aguajíes. Las viandas llegan de la Isla. Pero la Señora del cayo ha decidido autoabastecerse. Ya levantaba una cerca en torno del patio -extenso cuanto quiera- con la cual impedirá que los puercos vuelvan a penetrar y hociqueen sus sueños de agricultora. Y cultivará cuanta vianda crezca en suelos arenosos. Dijo que calabaza, plátano, yuca, papa, maíz. Y el tractor que recientemente rellenó la plazoleta donde se asienta el faro, permanecerá allí para auxiliarla. El agua la tomará del cielo. Cae habitualmente sobre los techos inclinados de las dos viviendas, y resbala por tubos hacia un aljibe.

En una caja llena de tierra del cayo mezclada con basura florecía una frutabomba. En otra, verdeaba una malanga.

-Estoy experimentando: a ver si se logran.

Partera improvisada

La playa nos tentaba limpia y blanca mientras andábamos calando nuestros zapatos en la arena humedecida. Íbamos hacia el extremo oeste hasta donde, semanalmente, Victoria camina en otra de sus funciones: vigilar a los perseguidores de la fauna, o a cualquier enemigo que pretenda refugiarse en la soledad del cayo.

-¿Muy lejos?

-Siete kilómetros; hasta la misma Playa Larga.

-¿No siente miedo?

-No conozco eso. ¿Usted cree que después de 22 años aquí, y de haber estado hasta 15 días solita con los perros, una va a tener miedo?

-Pero habrá enfrentado situaciones... digamos...

-Sí, y las he resuelto. Me acuerdo de cuando Lupe parió.

-¿Lupe?

-Entonces estaba aquí unos días. Sembrábamos maíz cuando ella entró en la casa, y luego salió una de mis hijas a decirme: mamá, Lupe tiene dolores; muy fuertes. Entré, y le pregunté: ¿tengo tiempo de bañarme? Ella me contestó: sí... Todo salió bien.

Pasábamos bajo uvas caletas que, con el mangle y los cocoteros, forman la vegetación de Jutías. Nos fijamos en una especie de jaula de madera flotando en el agua. Dentro había un Carey. Victoria los encuentra pequeños, solos, a la deriva; los encierra, y crecen.

-¿Se los come?

-Dios me guarde; los suelto cuando pueden defenderse. He criado dieciocho.

-¿Se jubilará algún día?

Se detuvo. La tarde opacaba la luz, y el cayo se introducía en una atmósfera desolada como la nostalgia.

-Tengo un apartamento esperándome en Santa Lucía para cuando me jubile, pero, créame, cuando pienso en ese momento se me van las lágrimas. Figúrese usted...